

Los Pinzones

en el descubrimiento de América

Discurso pronunciado por el doctor Joaquín Emilio Jaramillo, el 12 de octubre de 1947, en sesión solemne de la Academia Antioqueña de Historia.

Señores:

La maravillosa odisea del hallazgo de este continente, que vino a completar con el hemisferio conocido la redondez de la tierra, dio a la Corona de España la vastedad de dominios veinte veces superiores a los del Imperio Romano y tiene este suceso tal carácter de grandeza que, al decir de don Juan Valera, no hay en la historia de nuestro linaje otro mayor, en lo meramente humano, salvo la teofanía del Sinaí y el suplicio reductor del Gólgota.

Hasta 1492, apenas si atrevidos marinos portugueses y españoles se aventuraron al occidente de Europa hasta dar con las islas de Madera y Las Azores; más como no ignoraban la peligrosa inmensidad del océano hacia adelante, ninguno se arriesgaba a avanzar hasta que se reveló la figura austera de Colón, arrebolado de predestinación, en actitud constante de vidente, la faz iluminada del profeta y en los ojos la niebla de un ensueño. Fue el denodado piloto genovés quien primero se abrió camino por lo desconocido del Atlántico, para que se cumpliera el vaticinio de Séneca, se agrandase el concepto de las cosas creadas y se llegase a conocer no ya por meras conjeturas y especulaciones, sino por

experiencia, la extensión, la forma y la repartición exacta en continentes, islas y mares del planeta.

Dentro de esta gloriosa epopeya que desde 1492 y, en lo esencial, apenas dura treinta años, resplandece un admirable conjunto de héroes como Ojeda, Juan de la Cosa, Cortés, Jiménez de Quesada, Pizarro, Orellana, Elcano y otros muchos, dignos de la voz eterna de la Historia. Pero, desde un principio, al lado de Colón y como coautores del descubrimiento, resalta la estampa procerca de los hermanos Pinzón, navegantes de gran práctica y, por lo mismo, emprendedores. "No consta —dice un historiador— que hubiesen recorrido los mares de Canarias, Cabo Verde y Madera, más verosímilmente puede creerse que por sí o por la notoriedad de hombres entendidos, o por ambas cosas, conocían las estaciones de estas islas. Para marineros expertos y de talento, la expedición que deseaba dirigir el ilustre genovés nada tenía de imposible. Descubiertas Las Azores o Terceras, a más de novecientas millas de tierra firme, el océano había dejado de ser inaccesible en la dirección de Occidente, aunque apenas tradiciones griegas y latinas se referían a tierras cuya comunicación se había perdido en el curso de las edades.

Los historiadores han fantaseado muchísimo acerca de las razones en que Colón se apoyaba para sostener la verdad de tierras desconocidas; pero ninguno con probanza inequívica ha demostrado lo que expuso el insigne genovés en las conferencias con los sabios, llamados una y otra vez a examinar las probabilidades de sus proyectos. Presúmese, con discutible fundamento, que hallándose Martín Alonso Pinzón en Roma, en asuntos de comercio, un clérigo amigo le regaló, de la biblioteca del Papa, un mapa de Toscanelli, del tiempo de Inocencio VIII. Pablo Toscanelli, bibliotecario en Florencia, ya exponía desde 1474 la teoría de la navegación al oeste y la corta distancia marítima entre España y las Indias, y consultado, en efecto, por el canó-

nigo Fernando Martins, de Lisboa, contestó que, como la tierra era redonda, si se viajaba hacia el Oeste se toparía con las regiones de las plantas aromáticas, que comprendían en primer lugar La China, reino muy poblado, con innumerables ciudades, gobernado por un Príncipe llamado el Gran Khan, que residía en la provincia del Catay: y más al este estaba la muy ilustre isla de Cipango o Japón, tan rica en oro y piedras preciosas que se cubrían con planchas de oro los templos y los palacios de los Reyes, y en cuanto a la historia del mapa de Toscanelli y de las cartas sobre este tópico, Colón supo de todo y se comunicó también con aquel. El Almirante, según opinión que llegó a prevalecer después del descubrimiento, prolongaba el Asia hasta muy al occidente del océano; y aunque los entendidos juzgaban su empresa como el sueño de un iluso, se mantuvo en tal concepto hasta su muerte, obsesionado siempre por la existencia de grandes riquezas, de tesoros inapreciables, "como teniendo ante sus ojos el ofir de las flotas de Salomón y el terreno del paraíso de nuestros primeros padres.

"Y tomo aquí algunos apuntes del eminente historiador gaditano Adolfo de Castro, quien sienta que en el mandato de los Reyes Católicos se decía que Colón iba a descubrir y ganar, con ciertas pistas, islas y tierra firme en la mar océano. Pero a todo oponían una resistencia pasiva cuantos marinos se veían en algún modo obligados a responder al llamamiento de los Reyes. Estos, en el afán por allegar elemento humano para la marinería, llegaron hasta ofrecer a fugitivos delincuentes la seguridad de que no serían perseguidos ni castigados en prestándose a ir en la expedición; pero ni aún esta garantía tuvo halago para que acudiesen marinos o no marinos a seguir al hijo del cardador; pues, en la disyuntiva de afrontar los riesgos de la empresa o de seguir en vida azarosa de fugitivos de la justicia, optaban por lo último. En la hora de la ejecución

de todo, hubo desidia en atender a los medios inmediatos. El mismo Almirante lo dejó escrito: "Sus Altezas no quisieron gastar para ello, salvo un cuento de maravedis, e así fue necesario de gastar el resto". Y su hijo Diego dejó consignado "que la protección se dio más porque no se censurase de estrechez a los Reyes que por convencimiento absoluto de un éxito dichoso". Y el historiador palaciego Pedro Marín de Angleria, en carta de 10. de mayo de 1493, dice a Borromeo: "Mis Soberanos casi con repugnancia confiaron a Colón tres barcos para buscar aquellas regiones, porque se creía que todo cuanto él aseguraba era falso".

Tampoco hay que admitir, respecto al mismo Almirante, la leyenda de una vía dolorosa de hambre y de tragedia antes de alcanzar el apoyo de los Reyes de Aragón y de Castilla, don Fernando y doña Isabel, ante quienes lo presentaron, para la audiencia real, sus amigos Geraldini, preceptor de una hija de la Reina; Alonso de Quintanilla, tesorero de la Corte, y Hernando de Talavera, confesor de los Soberanos. Seguramente Colón debió pasar días amargos durante los trámites de las capitulaciones con la Corte, hasta que su escuadrilla bajó la ría de Palos el 3 de agosto de 1492, para empezar su arriesgado viaje, y en sus cartas se manifiesta como víctima de la malignidad humana; pero la crítica moderna ha destruído, casi por completo, la leyenda de un Colón indigente, mendigando el pan a las puertas de los conventos, errante a través de los países del Sur de Europa, como una especie de visionario en medio de una sociedad ciega o malévola. La verdad es que si ésto hubiere ocurrido, el genovés no se habría mostrado tan exigente en sus negociaciones con los Reyes, quienes, de buen o mal grado, hubieron de acceder a conferirle el título hereditario de Gran Almirante del mar océano, Virrey y Gobernador General de las islas y tierra firme que descubriera y el diez-

mo de las riquezas y productos de las regiones sometidas a su autoridad.

Pero entre vicisitudes más o menos amargas que hubiese de afrontar, adolorido, el Almirante, y displicencia a última hora de la Corte a su obra genial, en todo caso, la suerte mueve en su favor la voluntad decidida de otros hombres; ella es que entre Moguer y Palos residían los hermanos de apellido Pinzón: Martín Alonso, el más experimentado en el mar y de más riqueza; Vicente Yáñez y Francisco. Se acordó de ellos, en las circunstancias aflictivas de Colón, el abnegado religioso, guardián de la Rábida, para hacerlos colaboradores, en el llamado por los sabios, delirio de Colón, como hombres de gran opinión entre los vecinos de aquellas villas y comarcas. Todos, puede decirse, anota un comentador, convienen en que no bastó a Colón haber conseguido las capitulaciones con los Reyes, las órdenes para que se le facilitasen las carabelas y “un cuento de unos maravedís”, en momentos en que nadie ponía en duda la gravedad y peligros de la empresa. Fueron los Pinzones quienes aportaron todos los medios y aprestos para que el genovés dispusiese, así en dinero como en barcos, de todo lo indispensable para la realización d sus propósitos. Ellos reclutaron los marinos o gente de a bordo, poniéndose de frente a resistencias explicables en momentos en que un casi total ambiente de escepticismos se oponía a los toques finales de la empresa.

Se asguró por testigos de Moguer y Palos —dice el ya citado historiador y publicista peninsular Adolfo de Castro, que medió un contrato entre el Almirante y Martín Alonso Pinzón, por el cual aquél ofreció a éste darle en pago del favor y la cooperación que en todo le prestaba, la mitad de los honores que obtuviese y la de los productos que adquiriese en la jornada.

No se ha hallado documento probatorio de tal pacto, por otra parte muy posible, pues no se comprende

que Martín Alonso Pinzón aventurase su vida, la de sus hermanos y otros deudos, sus haberes y reputación sólo por servir la empresa de un extranjero, en la que si se obtendría cumplida victoria, todos los honores y todas las ganancias fueran para Colón ilimitadamente, mientras que los que aventuraban tanto no consiguiesen para sí sino la gratitud de un solo hombre, tratándose de un asunto puramente de negocio. Resístese, por otra parte, la razón a admitir que los Pinzones no escribiesen contratos formales sobre estos extremos, dejándolos sólo a la buena fe del Almirante. Un historiador de fines del siglo pasado cree desvanecer esta hipótesis con decir que Colón no podía comprometerse en una obligación semejante, porque ello no podría ser sin antes obtener el asentimiento de los Reyes. Empero, nada se opone a que el pacto se hiciese privadamente ante testigos, que obligasen en conciencia a Colón como, valga decir, Fray Juan Pérez de Marchena y otros religiosos de su convento, a reserva de conseguir el permiso de los Soberanos, una vez obtenido el éxito completo de la aventura. De las dignidades se desprendió en parte el mismo Colón en favor de Martín Alonso, al designarlo como su segundo en el gobierno y en todos los eventos de la expedición; y en cuanto a las utilidades o ganancias materiales de la empresa, asunto es en que el Almirante podía disponer por su sola cuenta.

En el momento de dejar el puerto de Palos para darse al rumbo veleidoso del viento y de las olas, Colón tomó la dirección de La Santa María, Martín Alonso la de la Pinta, el barco más rápido y velero, y Vicente Yañez la de la Niña, quedando a lado de éste Francisco, el otro hermano, como maestro de la carabela. La navegación fue feliz, con casi uniformidad de vientos, y mayormente en el verano.

A Martín Alonso lo reputaba Colón como hombre esforzado y de buen ingenio, y, en todo caso, su grandeza

de alma y sus servicios en la empresa del descubrimiento son indiscutibles. Los Pinzones apoyaron decididamente a Colón y no sólo lo apoyaron materialmente sino que le infundieron fe y aliento para que en horas de desmayo de la tripulación, no vacilase en seguir adelante. Muy en la alta mar las carabelas, se contraría el Almirante por cualquier mortificación, más que todo de amor propio, y Martín Alonso acude a decirle: “Señor: agora partimos de la Villa de Palos, y ya vuesa merced se va enojando? Avante, Señor, que Dios nos dará victoria que descubramos tierra, que nunca Dios quiera que con tal vergüenza —el regreso— volvamos. Nó, nunca plegue a Dios que armada de tan gran Rey, non solamente esta noche, sino de aquí a un año, se devuelva’.

La Pinta fue la primera en ver tierra. El 12 de octubre a eso de las 2 de la mañana, gritó Martín Alonso al Almirante: “Señor, mis albricias no se pierden. Y Colón: “yo vos mando cinco mil maravedís de aguiñaldo”.

Al pisar tierra por primera vez, Colón puso a su lado, en preeminente puesto, a los hermanos Capitanes de La Pinta y de la Niña, Martín Alonso y Vicente Yáñez. Asistido de ellos, desplegó la bandera real y, a su vez, los dos pilotos compañeros, tremolaban sendos estandartes llamados de la Cruz Verde, que cada uno tenía en su nave, y que mostraban una F. y una I. (Fernando e Isabel) con corona, cada una de estas iniciales, al remate de una cruz. Así Colón hizo pública su gratitud a los dos Capitanes, sus leales compañeros y amigos en aquella jornada de ventura merced a los auxilios materiales de aquéllos, y a sus consejos de expertísimos marinos y navegantes, durante la expedición. Su voz se atendía siempre en materia de navegación como la de oráculos infantiles, y aún se llega a sos-

tener que sin ellos la Armada no hubiera salido de Palos por falta de barcos y gente, pues ellos proporcionaron los primeros y lograron convencer a gentes desconfiadas y hacerles entrar en la tripulación. En una palabra, los Pinzones allanaron a Colón las mayores dificultades, tanto en los comienzos de la empresa como en el curso inquietante de la misma. En Palos, mientras la expedición se armaba, en Canarias y mientras se corría por el mar desconocido entre dudas, recelos, sospechas, arrepentimiento y malquerencia de las gentes contra el Almirante, los expertos y acaudalados marinos eran mirados por Colón como ángeles tutelares. Reputación tuvo Martín Alonso de animoso en los peligros, fuerte en perseguir sus designios, constante en llevarlos al fin, no dejándose vencer de las dificultades que en el camino se atravesasen, y sabía bien, al tomar la decisión de seguir a Colón en su atrevidísima aventura que pudiera hallar su cuerpo sepultura en la salobre bóveda del mar.

Cuatro siglos y medio han trascurrido desde que las aguas tumultuosas del Atlántico golpeaban las quillas victoriosas del 12 de octubre, empujadas en ardua travesía durante setenta días de incertidumbre, de decaimiento en el ánimo de los tripulantes, de valor y de fe en el de sus Capitanes, hasta tocar las costas insulares en que tierra, mar y viento, convulsos, se aturdieron con el grito del triunfo mayor, sobre hombres y elementos, que la epopeya humana pueda cantar en himnos de eterna resonancia.

La tierra que el Almirante sorprendió en las sonoras entrañas del océano, no resulta sólo, en el rodar de los tiempos, una ofrenda material para España. No; es el viejo mundo todo, y la esfera integrada entonces, quienes aprovechan y disfrutan de la trascendencia del acontecimiento memorioso. Paz, trabajo y cultura, en raudales generosos, divierten de estas costas hacia la Europa martirizada por las torturas del hambre y agi-

tada por la furia de los huracanes del mal, secuela de las guerras de los pueblos, cuando el labrador deja su siembra y su hato el pastor. A estos países de la América vuelven sus ojos consternados los pueblos del otro hemisferio, en pos de un horizonte de cordura, hospitalario y benigno, que temple su vigor de sobresalto y de miseria. Al hacer, pues, dominadora a España de un mundo sin ocaso, la llamada en un principio por los sabios "locura de Colón", rico presente hacía éste a la humanidad futura, brindando el dón ecuménico de la paz y su abundancia y su jerarquía jurídica admirable en nacionalidades prósperas en la industria y en la ciencia, en una ejemplar anfictionía que ofrece al universo, si no la unidad confederada que mantuvo desvelada la mente prodigiosa de Bolívar, sí una fortaleza política arrogante contra la embestida apocalíptica de las desgracias creadas por los hombres; una enhiesta cumbre andina desde donde el alma libre de América levante ante el orbe entero su alabanza al Supremo Poder y su anhelo por la concordia universal con nuevos salmos.
